

## En el principio del Psicoanálisis

Un psicoanálisis tiene un principio y un fin. Esta afirmación puede considerarse simplemente como un hecho de experiencia. El tiempo de una cura sería, empíricamente, el tiempo pasado con un analista, desde la primera visita a su consulta hasta la última.

No obstante, ¿cómo puede saberse lo que ha pasado durante ese tiempo?, ¿ha sido realmente un análisis o no, dirigido desde su principio hasta su final? Por lo tanto, no podemos conformarnos con una aproximación empírica, dado que el primer encuentro con el analista, no es, necesariamente, la primera cita con el inconsciente.

Para Freud, un tratamiento analítico consiste en la experiencia del inconsciente, llevada hasta el momento en que el paciente está dispuesto a cambiar su actitud frente a la verdad de la castración. Por otro lado, Freud planteaba que el paciente, al final, tiene que estar seguro del saber inconsciente.

Acerca del principio del psicoanálisis, Freud no escribió un texto tan consistente como el que escribió sobre el final de la cura: *Análisis terminable e interminable*. En 1913 escribió *La iniciación del tratamiento*. En él desarrolló «algunas de las reglas para el inicio del tratamiento» y compara las reglas que se pueden señalar para la práctica del psicoanálisis con las reglas del juego del ajedrez: (como en el ajedrez) «sólo las aperturas y los finales del juego admiten una exhaustiva presentación sistemática; la infinita variedad de jugadas que se desarrollan después de la apertura, desafían tal descripción»<sup>1</sup>.

Las reglas dadas por Freud están basadas en cuatro condiciones: el tratamiento de ensayo, el tiempo, el dinero y el diván. No voy a comentar tres de las condiciones: el tiempo, el dinero y el diván. Me centraré en el tratamiento de ensayo.

1 S. Freud, *On beginning the treatment*, Standard Edition, Volume XII (Hogarth Press, London 1958) p. 123.

Freud llama tratamiento de ensayo su «Hábito de un período de prueba para decidir si al caso le es o no aplicable el psicoanálisis». Da dos razones de diagnóstico y transferencia. Es ya sabido que Freud no consideró que se podía aplicar el psicoanálisis a los pacientes psicóticos y en su teoría esto significa que en ellos no se da la experiencia del inconsciente.

Por su parte, Jacques Lacan afirma que a los pacientes psicóticos sí se les puede aplicar el psicoanálisis, con la condición de que el analista sepa que su cura no puede pasar por la experiencia del inconsciente.

En abierta contradicción con Freud y Lacan, la mayoría de los analistas de la IPA (International Psychoanalytic Association) han deformado los criterios freudianos estableciendo criterios diagnósticos en relación con la personalidad, que no tienen nada que ver con el inconsciente. Freud también utiliza el ensayo previo «para observar el crecimiento y la constitución de la transferencia desde su inicio».

Según mi opinión, la IPA sólo sacó una colección de reglas freudianas y, sin entender las razones subyacentes, sus bases lógicas, hizo «standards» con ellas.

El punto problemático es, tal vez, que Freud no dio las bases lógicas del inicio del tratamiento y, por tanto, su texto abrió la puerta a muchos malentendidos. No obstante, no existe la duda acerca de qué es lo esencial para Freud para permitir el inicio del tratamiento: la libre asociación en la palabra del paciente. En la palabra del paciente, el analista puede encontrar la condición que le posibilita la decisión de emprender ese análisis.

Jacques Lacan no enfatizó la importancia de un tratamiento de ensayo sino que propuso entrevistas preliminares antes del comienzo del análisis, porque la palabra del paciente, cuando este se encuentra por primera vez con el analista, no conduce siempre a la apertura del inconsciente.

¿Qué tipo de motor puede hacer nacer el inconsciente en la palabra del paciente?

Lacan está de acuerdo con Freud al responder: es el Síntoma. Citando a Freud: «el principal motor del tratamiento está en el sufrimiento del paciente y en el deseo de curación por él engendrado»<sup>2</sup>.

2 Id., p. 142.

O, como respondió Lacan a los estudiantes de la Universidad de Yale en 1975: «lo que hace al paciente cruzar el umbral del psicoanálisis es la demanda de desprenderse de un síntoma»<sup>3</sup>.

De hecho, en el inicio del análisis, lo que cuenta no es la demanda de ser analizado, sino la demanda provocada por el síntoma.

Un síntoma se le puede presentar al sujeto de tres maneras distintas:

1. Como algo que no le va bien, como un fallo.
2. Como algo dentro de él que no puede entender, como un sinsentido.
3. Como algo que le afecta, como un sufrimiento del cual no puede desprenderse.

Mi idea es que sólo cuando esas tres caras negativas de un síntoma se le aparecen al sujeto, estará verdaderamente empujado a un análisis.

Veamos ahora qué tipo de demanda puede provocar un síntoma:

—Primeramente, lo que habitualmente se llama la demanda terapéutica, el anhelo de ser curado. Es «una demanda de bienestar» en la medida en que el síntoma es un modo de «malestar». Esta demanda es suficiente para la terapia, pero no para el psicoanálisis. El psicoanálisis no es una terapia como las otras.

La demanda de ser curado coloca al analista en el lugar de un Ideal. Es el lugar que busca el paciente para intentar alcanzar una imagen de sí mismo rota por el síntoma. Este intento puede llamarse de «restablecimiento del Ego».

Si el síntoma empuja al sujeto sólo a quejarse acerca de él, o a hablar solamente de sus sentimientos, el analista será entonces considerado como un Ideal del Yo, desde el momento en que el paciente, hablando sólo para registrar sus sentimientos, no hace sino certificar la distancia que le separa de su Ideal.

En este caso, el síntoma es mostrado sólo como una verdad patética. El síntoma es ciertamente el *Pathos* de la verdad. Pero la verdad del síntoma no está en los afectos que lleva consigo. La verdad del síntoma está en el inconsciente. Y de acuerdo con Freud, el inconsciente está hecho de significantes y no de afectos.

Sabemos que los afectos no están reprimidos sino que se desplazan. Así, si el paciente habla sólo de sus afectos, se está colocando fuera de su sitio que está en los significantes.

El psicoanálisis no es un diario de los afectos, como puede serlo un diario íntimo.

<sup>3</sup> J. Lacan, 'Conférences et entretiens dans des universités nordaméricaines', in *Scilicet* 6/7 (Editions du Seuil, Paris 1976) p. 32.

—En segundo lugar, la demanda de bienestar puede aparecer también, de una manera más sutil, bajo la forma de una *demanda de saber*. Esto sucede cuando el paciente habla de su síntoma esperando que el analista sepa la solución a su sufrimiento. La demanda de saber también coloca al analista como un Ideal, en este caso como un maestro del saber. A través de esta demanda, el paciente abandona la carga del síntoma al Otro, esperando del otro una respuesta a su pregunta: ¿qué significa el síntoma?

Así, el analista es colocado como *el que sabe*, y el saber es entonces *imaginario*, asignado a la persona del analista. En las entrevistas preliminares, cuando esos dos tipos de demanda coexisten, una verdad ha de volverle necesariamente al paciente con un efecto de desilusión en su *ego*.

La verdad es que el analista no sabe nada del significado del síntoma y que no tiene poder en absoluto para curar el síntoma. El poder de la cura no se apoya en ninguna técnica psicoanalítica, sino que yace en los efectos del discurso.

Abreviando, una cita con un analista en la búsqueda sólo de un Ideal, tiene que llegar necesariamente a una desilusión.

Sin duda, el paciente, durante su análisis, no dejará fácilmente de esperar encontrar en su analista el Ideal. Es la tendencia espontánea de la transferencia. Y la experiencia nos muestra que un neurótico no se desilusiona fácilmente. Los psicoanalistas que prometen el restablecimiento del *ego* revelan así su obediencia a las aspiraciones neuróticas.

Me gustaría poner en claro que no hay oportunidad para un psicoanálisis si la cita con un analista se debe sólo a una demanda de bienestar. Si las cosas se plantean de esa manera, en las entrevistas preliminares el analista debe provocar la emergencia de algo más que esa demanda.

Lacan nunca prescribió un término fijo para las entrevistas preliminares. Eso sería imposible. Sólo podemos decir que estas entrevistas tienen que durar lo suficiente. Algunas veces, desde la primera cita el paciente comienza su análisis. Otras veces las entrevistas preliminares duran más de un año. Y también puede ocurrir que el analista tenga que interrumpir las entrevistas, rehusando recibir al paciente por más tiempo, para indicar que la posición del paciente impide el análisis.

El analista no puede prometer que el síntoma vaya a curarse. Sólo puede prometer un psicoanálisis al sujeto que sufre un síntoma.

A pesar que el analista no sabe nada acerca del síntoma, lo que sí debe saber es que el síntoma es algo *real*, real en el sentido lacania-

no y que ningún significado puede disolverlo. Cualquier interpretación del síntoma puede sólo contribuir a mantenerlo enterrado por un tiempo. Cualquier significado que pueda darse al síntoma producirá, a la larga, lógicamente, una desilusión. Es por ello que el analista debe guardar silencio en relación con el síntoma. Y ese silencio puede empujar al paciente a decir algo más que la mera narración de sus sufrimientos.

Por una parte, el analista sabe que el síntoma está fuera del significado, pero por otra parte también sabe que este *extraño* que habita al sujeto es un *nudo de significantes*, y que ese nudo puede ser deshecho por la cura. De esta manera, sabe que el síntoma es curable, pero no por cualquier medio, en cualquier caso no por medio de la significación.

Desde Freud sabemos que la materia de la que el síntoma está hecho es la materia significativa, que es la materia del inconsciente.

*Nudo de significantes*, es la definición del síntoma dada por Lacan en *Télévision*: «Anudar y desanudar no siendo aquí metáforas, sino que se han de tomar como esos nudos que se construyen realmente al hacer cadena de la materia significativa». Y añade: «pues esas cadenas no son de sentido sino de sentido gozado (*jouis-sens*), a escribir como se quiera conformemente al equívoco que constituye la ley del significativo»<sup>4</sup>.

Los significantes inconscientes que encadenan el síntoma conllevan algo más que un significado, llevan algo real: un goce (*jouissance*). De hecho, esta displacentera satisfacción de la pulsión (Trieb) en el síntoma es lo que empuja al sujeto a encontrar un analista. Porque esta molesta parte del síntoma es lo que trastorna el saber.

La llave del inicio de la cura es que el sufrimiento del síntoma pueda dejar lugar al saber inconsciente.

En su síntoma, el sujeto está solo. El goce del síntoma es un goce solitario. Lacan dice: disfrutando su síntoma el sujeto es *partenaire* de su soledad.

¿Cómo podría un analista encarnar un nuevo *partenaire* para el sujeto de tal manera que el psicoanálisis pueda sacar al sujeto de su soledad?

Eso es posible con una condición: si la pregunta «¿qué significa el síntoma?» empuja el sujeto hacia el saber inconsciente para buscar la respuesta.

Creo que es importante distinguir la llamada al saber de la demanda de saber atribuido al analista. Para llamar al saber incons-

4 J. Lacan, *Télévision* (Editions du Seuil, Paris 1974) p. 22.

ciente, el sujeto tiene que buscarlo en su propia memoria y no en el saber imaginario del analista.

En suma, el síntoma no es suficiente en sí mismo para el comienzo del análisis, algo más ha de ser añadido y es la llamada al saber inconsciente que podría descifrar el síntoma. Obviamente, el saber inconsciente no puede ser pedido a otra persona, y ha de ser descubierto en lo que el paciente piensa o dice.

Freud descubrió que el síntoma completado con la transferencia se vuelve analizable. También descubrió la naturaleza de la transferencia, pero no explicó su estructura. Podemos encontrar la explicación a la estructura de la transferencia en Lacan.

En la *Proposición del 9 de octubre de 1967* Lacan dice: «En el inicio del psicoanálisis está la transferencia. Lo está por la gracia de aquel que llamaremos en el linde de este propósito: el psicoanalizante». Y más adelante: «El sujeto supuesto saber es para nosotros el pivote alrededor del cual se articula todo lo que tiene que ver con la transferencia»<sup>5</sup>.

Con esta fórmula: *Sujeto supuesto saber* (SsS), Lacan resume la estructura de la operación que reemplaza el goce del síntoma por la búsqueda del sentido.

Por medio de la transferencia el goce solitario del síntoma que habita en el sujeto y que le causa sufrimiento, es sustituido por la resonancia de un sentido huidizo que habita el campo del Otro del significante. Esta sustitución causa un nuevo amor, el amor de transferencia.

La fórmula SsS articula dos suposiciones diferentes:

1. Un saber supuesto;
2. Un sujeto supuesto.

El saber inconsciente es revelado como una cadena de significantes que se suponen estar presentes. Este saber supuesto tiene que ver con la particularidad de los significantes del paciente que han de ser producidos por la libre asociación.

El sujeto supuesto que aparece al mismo tiempo, es *al* que se supone el saber inconsciente. Emerge en el lugar de la verdad, en el lugar de lo que el sujeto no sabe. Es un nuevo habitante que ocupa el lugar de la ignorancia. En consecuencia, si el sujeto presume saber lo suficiente, no puede entrar en el análisis. El sujeto puede entrar en análisis si transfiere lo que no sabe al sujeto supuesto saber.

<sup>5</sup> J. Lacan, 'Proposition du 9 Octobre 1967 sur le psychanalyste de l'Ecole', in *Scilicet* 1 (Editions du Seuil, Paris 1968) p. 18.

<sup>6</sup> Id., p. 20.

¿Cómo el sujeto supuesto saber se revela clínicamente? Por el sentimiento, o la idea, de que hay *otro sentido* que habita en el discurso. Lo que es dicho aparece con un posible significado diferente del que se ha entendido. El SsS emerge como un sentido latente, que permite al discuso ser entendido de otra manera.

La latencia de otra cosa oída en lo que es dicho, permite a los efectos de interpretación operar.

El SsS implica, envolviéndolo, el saber inconsciente siempre que se suponga que el inconsciente está presente.

El SsS no es el analista ni el analizante. Es un *agente ternario*. Pero ¿dónde está su sitio? Podemos darle un sitio imaginario y decir: está en el cielo. Esta es la respuesta dada por la religión, lo que afirma la fe en el SsS, dándole el nombre de Dios.

En Roma, Lacan dijo que el psicoanálisis es el fracaso de la religión. Las creencias religiosas obedecen a la misma estructura que la transferencia. La religión es una transferencia sin análisis y así, el éxito de la religión es un obstáculo para el psicoanálisis.

Creo que el éxito del psicoanálisis es directamente proporcional al fracaso de la religión en enterrar el síntoma con significado. Lo he verificado en España, donde la religión católica por siglos unida al poder político ha perdido su influencia y donde el psicoanálisis, desde los años setenta en adelante, ha aumentado su influencia. También pienso, que tal vez en los Estados Unidos el reciente éxito de la religión, es proporcional al fracaso del psicoanálisis. Más y más personas están seducidas por los predicadores de la televisión, que no son precisamente santos. El éxito de la religión es un resultado del capitalismo moderno, un camino para redimirlo.

Podemos decir que el SsS está en ninguna parte, pero que puede surgir en cualquier sitio ya que puede habitar el espacio abierto que el discurso permite que aparezca entre el analizante y el analista. La libre asociación en la palabra misma del paciente es la condición para el análisis siempre que ésta abra al saber inconsciente por medio del *Sujeto supuesto Saber*.

El SsS se forma en relación con el saber, sin embargo, su efecto es de amor. El amor dirigido a aquel a quien se le supone el saber y no a la persona del analista.

Es un hecho, que la transferencia no surge por la gracia del analista: sabemos cómo aparece, incluso con el analista menos agraciado.

El SsS es un ser imaginario, pero, durante el análisis, ocupa el lugar del objeto causa del deseo, que es lo que es real.

Lacan, en la *Proposición*, dice: «toma el sitio del referente aún latente». Podemos decir que el SsS es supuesto por causa mayor.

Desde Freud sabemos que el objeto del amor es en el campo de lo imaginario, el objeto investido con libido. Libido es el término freudiano para el goce perdido que el sujeto lleva junto a él pero fuera de él.

La Castración significa que el sujeto está estructuralmente separado de esta parte de goce que él no puede alcanzar en sí mismo. El goce perdido es la causa del deseo. El objeto de amor entrará a ocupar el lugar del goce perdido. Por tanto, cualquier sujeto es, por estructura, un amante.

En la transferencia el sujeto mide la distancia que lo separa, no del Ideal, sino del objeto *a*.

El amor de transferencia, como cualquier amor verdadero, surge en la medida en que el sujeto busque su objeto perdido en el campo del Otro. El analista llena el espacio del SsS en la medida en que es objeto de la transferencia.

La transferencia lo es por la gracia del analizante, desde el momento en que el analista es sólo quien ocupa el lugar de la libido del analizante.

En la *Proposición del nueve de octubre de 1967*, Lacan define el SsS de la siguiente manera: es una «formación no de artificio, sino de vena, como soltada del analizante» <sup>6</sup>.

En el psicoanálisis, *el que está en vena*, es el analizante.

Me parece que Lacan hace hincapié en el hecho de que el SsS no es meramente un artificio como está desarrollado en la primera teoría freudiana de la transferencia. Esta considera el SsS como un artificio desde el momento en que es reducido a un puro efecto de los significantes en la asociación libre.

En el *Seminario XI* y en la *Proposición*, Lacan señala la dimensión del encuentro de la transferencia. La transferencia es un encuentro, y sucede por casualidad. Es una cita a la que estamos llamados con una realidad que se nos escapa. La transferencia, considerada como un encuentro, separa radicalmente psicoanálisis y religión.

Lo real en la transferencia no es el analista. El silencio del analista puede encarnar el objeto real mientras tenga el lugar de lo que no puede ser dicho. Su silencio puede encarnar lo que se escapa a través de los agujeros del sentido.

La transferencia es una nueva clase de amor, porque consiste en amar un saber supuesto que viene en el sitio de la verdad. Por eso la religión y las terapias trabajan fácilmente juntas.



La gracia del analizante surge precisamente cuando él consiente en recibir los efectos de verdad del discurso para traer, en un segundo movimiento, el saber en el lugar de la verdad. Tal vez por eso Lacan llama al analizante «el inocente que no tiene ley sino de su deseo».

Abreviando, la transferencia no es meramente una ficción, una formación imaginaria producida por el artificio de las palabras. La transferencia está producida por un encuentro que plantea la pregunta del objeto. De modo que en la transferencia la cuestión del ser está en juego desde el momento en que se ha puesto en movimiento.

La primera razón para ponerse en contacto con un analista era el síntoma. Sin embargo, el verdadero motor de la transferencia no es el síntoma sino, siguiendo a Lacan: «la espera del advenimiento del ser en relación con el deseo del analista»<sup>7</sup>.

En el principio del análisis, cuando el sujeto comienza a producir su saber inconsciente también comienza a experimentar su-falta-en-ser. El sujeto pasa por el proceso que le hará darse cuenta de que en el inconsciente no hay ser. El inconsciente es un saber sin habitante. El SsS amado en transferencia sólo trabaja por la causa. No existe. Su lugar está vacío. Al final de la cura el *Sujeto supuesto Saber* cae, descubriéndose la verdad del no-ser del SsS.

Un psicoanálisis debe posibilitar al sujeto encontrar su ser en el corazón de lo simbólico, que es un vacío en el saber.

En la *Proposición* dice Lacan: «prohibir lo que se impone de nuestro ser es ofrecerse a un retorno del destino, que es maldición. Lo rechazado en lo simbólico, recordemos el veredicto lacaniano, reaparece en lo real»<sup>8</sup>.

El síntoma, de algún modo, es un mensajero de un destino desafortunado. La religión diría que es un mensajero del infierno. En cualquier caso, el síntoma es también el mensajero del cielo, el mensajero de lo simbólico.

La apuesta en un psicoanálisis es sacar al paciente de la maldición de su destino para hacerle entrar en el bien decir permitido por las palabras.

CARMEN GALLANO

7 J. Lacan, 'Position de l'ics', in *Écrits* (Editions du Seuil, Paris 1966) p. 844.

8 J. Lacan, 'Proposition...', p. 23.